



Máscara contra cabellera

FRANCISCO ZAMORA GARCÍA

55

Era un domingo de abril de mil novecientos setenta y tres: un sol cálido y benévolo hacía su aparición desde el oriente de la ciudad y se había encargado de despertarme de un sueño angelical e impresionante: soñaba que era réferi de lucha libre, que volaba de verdad entre las cuerdas del ring y los espectadores; me elevaba hasta las últimas gradas de la Plaza de toros con unas enormes alas del color de la noche. Podía ver de cerca la cara de los aficionados: sus ojos, lo que bebían, lo que comían. Luego, lentamente descendía para tocar con mis blancos pies un estropeado cuadrilátero mortalmente salpicado de sangre limpia y ruda. En ese momento desperté agitado y apasionado. La lucha libre es para mí sublime, amor, destreza, violencia roja y sudor; un Ópel color oro, como la máscara del Solitario, anunciaba con música de Glen Miller la cartelera de ese domingo, rondaba por las calles sucias y malvividas de la paloma azul, legendario barrio, cuna de luchadores y mariguanos.

Ese domingo se publicaba un verdadero cartel de lujo: en la primera lucha, mano a mano El hielero Aguilar, que después se hizo llamar *Pelón star*, contra el dueño de los corazones rotos de las mujeres carniceras de más de cuarenta, Polo Torres. Esos tiros eran lo mejor del teatro de la pantomima y la creación humana voladora; la siguiente lucha era en relevos de pareja: dos exóticos malditos, *Eric El rojo*, y *Rudy reina*, versus *El halcón suriano* y Aurelio Cruz *La saeta veracruzana*, luego seguía la función con relevos australianos internacionales, lo más selecto y puro de la fiera rudeza. Aparecían con capas de oropel Karlof Lagarde, *Coloso Colosseti* y *El temible-Cavernario Galindo*, contra, *El sicodélico*, *Mazambula* y *Dorrel Dixon*, un negro embetunado resbaladizo y sin gracia. La caravana lucía muy bien, yo estaba listo para ir y volar como lo hice en mi sueño, el escenario lo tenía casi a mis pies a sólo tres cuerdas; un hervidero de gente tragando los famosos lonches de queso de puerco del Brujo, quien aparte de ser vendedor de lonches, rifas y cervezas, era el matador de *Rudy Reina*. El color de la noche pintaba de lo más increíble para saborear ese inolvidable momento. La plaza de toros se meneaba, crujía de emoción, nunca la vi tan contenta y repleta, pero aún faltaba la lucha semifinal y la gran final; la semifinal se anunció con trompetas y redobles de tambor, como banda de guerra; desde el Distrito Federal los extraordinarios *Villanos, I, II Y III*, contra *El Fantasma*, *El Comando I* y *Tinieblas*. Esta gran lucha dejó a toda la concurrencia muda y alterada, pues los Villanos dejaron sin máscara al gigante *Tinieblas*, la raza se les echó encima y casi los linchan. Pero la función tenía que continuar y las bocinas de sonido gritaban para anunciar la mejor lucha de todos los tiempos en La Laguna y en el mundo, y La plaza de toros poseía la mejor sazón de este ilustre y maquiavélico “deporte”.



**¡Ahí está su ídolo,
cabrones! ¡Ahí
está su Santito, se
los envuelvo para
regalo de navidad,
pinches laguneros
jodidos!**

Seguía la esperada lucha final, nada menos que *El Santo El enmascarado de plata* contra el bestial can zacatecano Pedro Damián Aguayo, *El Perro Aguayo*. Pocas funciones como ésta merecen ponerse de pie y no dormir en paz nunca más. La noche atraía alaridos de todos los perros de la ciudad para el gran santuario de la colonia moderna. El momento de esta verdad había llegado, la lucha entre *El enmascarado de plata* y *El Perro Aguayo* era “máscara contra cabellera”, así lo anunciaba la gran revista *Box y Lucha*, que se vendía en revistas y cuentos Arturo, en el mero corazón de la Alianza, donde han surgido un montón de luchadores, Ídolos del ring, entonces, yo sentado en mi asiento de cartón de huevo desde temprano, observando la gran multitud. La entrada costaba tres cincuenta, nada barato, pero me había valido madre quedarme sin un quinto para gastar en mi escuela, yo era un ángel privilegiado con ojos electrónicos y alas, para recibir el último combate, algo que jamás debo de olvidar, de hecho está incrustado al norte de mi corazón con el hierro candente de esa lucha.

Primera caída

El Santo: aparece del lado limpio, ese portón rojo demacrado de donde habitualmente salen los toros al ruedo; encorvado, categórico, plateado con su capa negra de bordados en hilos de plata, *El Santo*, ése de las películas y sus topes voladores, su impecable *Mustang* convertible 65 saluda a la muchedumbre como si fuera un político en campaña; un mundo de manos desea tocarle y acariciar su capa, el tufo de cheve *Carta Blanca* y cigarros *Faros* brotaba de las gargantas aficionadas de hueso colorado, de tres señoras de avanzada edad que vendían amorosamente semillas, cacahuete pa' pelar y las codiciadas pingüicas con chile y limón, esas vendedoras fanáticas de la rudeza, habitaban en el ring y las boquitas sin dientes de estas enardecidas e *inofensivas* viejecitas que gritaban a la rudeza zacatecana -¡Mátalo! ¡Mátalo!, *Queremos ver sangre, arrástralo, quítale la máscara- ¡mátalo!*

Comienza la caída: el réferi *Limones* pide el saludo de los contrincantes y revisa los zapatos de éstos; que estén bien abrochados y que no oculten navajas, puntas, cuchillos etc., *El Santo*: respetuosa y deportivamente da la mano al *Perro*, éste la muerde y lo patea en el abdomen de manera rápida y repetitiva: una metralla de patadas muy al estilo *Jet Lee*, inmediatamente lo deja sin aliento, lo sofoca y cae; el pobre enmascarado pide al cielo la ayuda de algún querubín que le dé fuerza para este combate. *El Santo* en ese tiempo no era joven, tenía la madurez encima, el cansancio, la entrega no era la misma que en sus tiempos de lozanía y vigor, sin embargo *El Perro Aguayo* venía con toda la fuerza

de su canina juventud, sin duda la mejor época de su fiera carrera, pero la caída aún no termina; *El Perro* sigue madreando al Enmascarado de Plata, los golpes del *Perro* se oyen secos y contundentes en el pecho del ídolo de la Lucha libre, una y otra vez *El Perro* golpea, muerde y le aplica un candado a la cabeza muy difícil de zafar. *El Santo* se escabulle de la trampa y estalla el alarido de cinco mil almas en La Plaza; las únicas que no gritaban eran las rudas semilleras, que estaban obviamente a favor del zacatecano, luego diestra y magistralmente *El Santo* se recupera y empieza a sacar sus mejores armas: los topes voladores, una serie de topes sin descanso alguno como torpedos de un barco alemán, *Santo* con alas vuela y vuela para inutilizar el ataque compulsivo de un perro en brama y hambriento de esa codiciada máscara, y *Limones* contaba -*Uno, Dos, Tres-* y *El Perro* no se rendía, se paraba como queriéndose comer a todo el auditorio, le salía espuma del hocico, tenía ojos rojos como el perro de Don Julián; la rabia estaba en el cuerpo de un animal a punto de morir. Finalmente, Don Rodolfo Guzmán, le aplicó la famosa *Quebradora* con palanca en el cuello y, *El Perro* cedió, entonces ganó la primera caída el Ídolo de chicos y grandes de las películas de vampiros, monstruos y momias de Guanajuato: *El Santo*.

Éste se fue a su esquina, se sentó en el pequeño banco, la raza se le encaramó para pedir los codiciados autógrafos; yo me fui a tomar un sorbo de agua y rápido regresé a mi lugar, se lo había encargado a una señora gorda con cara de *Luna llena* que no paraba de tragar todo lo que pasara, volara o se arrastrara, y quien amorosamente me convidaba de todos los chuchulucos del espectáculo: semillas, pingüicas, lonchecitos de azúcar, la mitad de un lonche de mortadela, y una refrescante *Pepsi*.

Segunda caída

Suena el martillo en el plato de acero y comienza la acción: *El Perro* se abalanza contra la humanidad chueca del *Santo*, le atrapa entre sus garras y empieza a castigarle con golpes de *Manáita* en la quijada del enmascarado, de manera compulsiva; estos golpes seguramente los trajo del medio oriente, pues acababa de refrendar el título en el país del sol ardiente. *El Perro* viajó a Japón para luchar contra *Sumos*, *Ninjas*, y monjes renegados del *Shaolin*;



derrotó a Todos y regresó con un cinturón de campeonato mundial como un héroe, entonces *El Perro* buscaba la consagración: arrebatarle la máscara al platinado, pero eso no sería nada fácil.

Continúa el feroz ataque del zacatecano empleando toda la maña y astucia para derrotar a un contrincante duro de roer; el señor Aguayo saca las llaves del oriente e imparte una delicada y fina cátedra de este duro deporte a don Rodo: *La Cruz China, La Tomenague, El Martinete*, éste último es un castigo cruel y demoledor que en la actualidad no está permitido, pero eso a toda la gentuza malviviente, rinconera y cementera no le importaba, ni a mí, yo había crecido con los humos verdes y la gran *Cruz Blanca*, cerveza de Lerdo única del ayer y, los viejos bares como *El Tampico, El Sazuve, La india bonita y El Taurino* y, por condición, abolengo y jodida patria yo era Rudo... ¡que siga la contienda! era lo mejor que mis ojos habían visto de cerca, una lucha fiera, angustiante, amorosa; los dos estaban trenzados en un duelo a muerte, como si el dios del mal les hubiera ordenado dejarse sin piel y alma - **dar la vida en el ring significa más que vivir de albañil caguamero** - dijo un día *La Tonina Jackson*.

De repente surge un alarido de dolor, un grito tan largo como la cuaresma, era del enmascarado; *El Perro* le había mordido en sus partes nobles de tal manera que el satinado, no tuvo rincón ni ayuda de serafín alguno.

Y fue cuando el ángel exterminador hizo su aparición en ese immaculado escenario: El Oriundo de Zacatecas le dio tremendo martinete con tres vueltas de rehilete en el aire para que el enmascarado cayera estrepitosamente mareado al acolchonado cuadrilátero; *El Perro* se le echó encima, espaldas planas y le grita a *Limones*: ¡**Cuéntale cabrón!** ¡**Cuéntale!**

Pero *El Santo* se escabulló una y otra vez, sacando fuerzas del más allá; sorprendentemente surgió una transformación demoníaca en el rostro del *Perro*:

Empieza la carnicería, el astuto *Can* de Zacatecas saca sus enormes y afilados colmillos y los hunde profundamente en la frente de esa bonita máscara plateada con brutal fiereza, para doblegar y debilitar al ídolo de las películas; una fuente roja de sangre brota sin cesar de la cabeza del *Santo*, fue un golpe durísimo para la afición

limpia; los acomodadores de carros, los padres responsables de familia, los enamorados de Pedro Infante y la virgen de Guadalupe...

El cuerpo del plateado se volvió rojo, sus brazos no le respondían, estaba cayendo en el pozo profundo del sueño y la derrota; por fin se rendía ante miles de almas que le veneraban tributo. Una *hurraca-rana* lo hizo sucumbir: estalló el *dog* en alegría rebosante de la más fiel pureza canina invitando a todos los perros del vecindario a ladrar la victoria.

El Perro ganó la segunda caída con lujo de violencia, masacrando a su rival al máximo para dejarlo entre la vida y la muerte; mis ojos veían cómo la sangre del enmascarado era regada por todo el adolorido ring, además de tragada y vomitada por el señor Aguayo, quien decía a grito abierto- ¡**Ahí está su ídolo, cabrones!** ¡**Ahí está su Santito, se los envuelvo para regalo de navidad, pinches laguneros jodidos!**

Toda la jodidez comarcana consumidora de brandy *Presidente, Viejo Vergel y Carta Blanca* miraba enardecida, pues su ídolo del bien estaba caído, la raza le tiró sillas al perro, cocacolazos, pesos de los de antes, lonches mordidos, y buchec de cheve; terminó la sangrienta caída.


Tercera caída

Ésta es la buena, no habrá mañana para ninguno de los dos, la repletísima Plaza de Toros estaba a punto de descubrir la identidad del *Santo* o iban a ser regados por todo el ruedo los mechones de esa negra y larga cabellera *Perruna*, no se sabía. Un *Zeppelin* de silencio se escuchó por los aires y un ángel tocó la trompeta para iniciar el duelo, la última caída, la definitiva.

Después de que llegaran a revisar al ídolo caído médicos, enfermeros y la autoridad suprema de la Plaza De Toros, *El Santo* se levanta recuperando su dignidad, su fe, su corazón roto; se lavó con agua bendita y le gritó al *Perro*: ¡**ora si véngase!** ¡**Véngase, mi chingón!** frotándose las manos y colocándose en guardia para iniciar esta contienda final.

El señor Guzmán atrapa del cuello al rival, lo toma de los brazos y lo lanza con toda su alma hacia las cuerdas, éste rebota y el magnífico *Santo* lo recibe con sus famosas y únicas patadas voladoras a la quijada, al pecho; eran exactas, sonaban como si una gran tabla mojada golpeara a unas buenas nalgas negras.

A pesar de que había perdido bastante sangre, *Santo* estaba en plenitud de derrotar a quien fuera, a quien se atreviera a arrebatarle la máscara, su identidad. Candados, topes y llaves maestras no pueden hacer rendir al enfadado y joven cachorro; *Santo* aplicó con maestría y dureza una llave que derrotó a más de cien del pancracio, el "as" debajo



de su manga: *La Tapatía*, el invento mortal del *Rayo de Jalisco*.

Pero el rival no cedió:

Iban a ser las diez de la noche, la lucha se había prolongado, la raza estaba como poseída esperando el bien o el mal -pero por Belcebú- evoqué, que ya acabara la angustia: *El Aguayo* logra zafarse de los castigos y vuelve a morder a su adversario en el mismo lugar; le rompe gran parte de la máscara, ¡*Le vi los ojos!* gritaba un vendedor de cerveza-

Nosotros no lo podíamos creer, casi le descubre la cara, Rodolfo Guzmán estaba cacarizo, yo lo miré, la pérdida de sangre era irreparable “¡*Esto ya deben de pararlo!*” -decía la asustada afición- ¡*Por el amor de dios, paren esto...lo va a matar...párenlo!* ¡*Detengan el combate!* ¡*Parece que trae al diablo dentro!* Jamás vi aun animal así, tan obstinado de su presa. *El Perro* seguía en lo suyo, no le molestaba mancharse de sangre, al contrario, enorgullecería más su nombre; *Santo* no podía mover un brazo, una pierna, un dedo... *El Perro* se pone de pie, como alzando la copa *Jules Rimet*; estaba seguro que iba quitarle la máscara, era lo máximo para muchos en esta maquiavélica y angelical carrera; con un grito rompe el cielo negro de Torreón y da las gracias a los perros del Canal del Coyote.

Cuando vuelve a su abatido oponente, éste lo recibe con un golpe artero en la cabeza; *Santo* le había arrebatado una *Coca-Cola* grande tapada a un vendedor, mientras *El Perro* aullaba la supuesta victoria: el refresco rompió monstruosamente la cabeza del *Perro*, un mar de sangre salía de esa herida mortal: la rudeza invadió al limpio. Don

Aguayo se desplomó sin aliento y en grito de muerte, *Santo* le acoge con delicadeza, lo alza y entre la mezcla de sangre de ambos le aplica de nuevo *La Tapatía*; el *Can* se rinde sin querer rendirse; *Limones* da por finalizado el encarnizado encuentro, llega la autoridad de Plaza y da el veredicto:

El Santo es el vencedor.

Triste y roto de la frente *El Perro* se inclina para que llegue *El Copetes*, que era el peluquero de la Uruguay, el preferido de *Don Lolo*, que era el amo y señor de los mejores tortillones de la Comarca Lagunera.

Yo me fui en mis alas rotas a dormir con la desdicha en el alma y una cocacola clavada en mi pecho, pudiendo observar desde las alturas a la gente en miniatura: un fantástico álbum de barajitas para pegar en mi cabeza.

Qué noche de abril (día del niño). Sin duda, el mejor regalo para un ángel como yo.